

El árbol (Vicente Aleixandre)

El árbol jamás duerme.

Dura pierna de roble, a veces tan desnuda quiere un sol muy oscuro.

Es un muslo piafante que un momento se para,

mientras todo el horizonte se retira con miedo.

Un árbol es un muslo que en la tierra se yergue como la erecta vida.

No quiere ser blanco ni rosado,

y es verde, verde siempre como los duros ojos.

Rodilla inmensa donde los besos no imitarán jamás falsas hormigas.

Donde la luna no pretenderá ser un sutil encaje.

Porque la espuma que una noche osara hasta rozarlo

a la mañana es roca, dura roca sin musgo.

Venas donde a veces los labios que las besan

sienten el brío del acero que cumple,

sienten ese calor que hace la sangre brillante

cuando escapa apretada entre los sabios músculos.

Sí. Una flor quiere a veces ser un brazo potente.

Pero nunca veréis que un árbol quiera ser otra cosa.

Un corazón de un hombre a veces resuena golpeando.

Pero un árbol es sabio, y plantado domina.

Todo un cielo o un rubor sobre sus ramas descansa.

Cestos de pájaros niños no osan colgar de sus yemas.

Y la tierra está quieta toda ante vuestros ojos;

Nivel IV - Numbers in brackets indicate word count for the poem.

pero yo sé que ella se alzaría como un mar por tocarle.

En lo sumo, gigante, sintiendo las estrellas todas rizadas sin un viento,
resonando misteriosamente sin ningún viento dorado,
un árbol vive y puede, pero no clama nunca,
ni a los hombres mortales arroja nunca su sombra.

[246]

Arte poética (Pablo Neruda)

Entre sombra y espacio, entre guarniciones y doncellas,
dotado de corazón singular y sueños funestos,
precipitadamente pálido, marchito en la frente
y con luto de viudo furioso por cada día de vida,
ay, para cada agua invisible que bebo soñolientamente
y de todo sonido que acojo temblando,
tengo la misma sed ausente y la misma fiebre fría
un oído que nace, una angustia indirecta,
como si llegaran ladrones o fantasmas,
y en una cáscara de extensión fija y profunda,
como un camarero humillado, como una campana un poco
ronca,
como un espejo viejo, como un olor de casa sola
en la que los huéspedes entran de noche perdidamente ebrios,
y hay un olor de ropa tirada al suelo, y una ausencia de flores
-posiblemente de otro modo aún menos melancólico-,
pero, la verdad, de pronto, el viento que azota mi pecho,
las noches de substancia infinita caídas en mi dormitorio,
el ruido de un día que arde con sacrificio
me piden lo profético que hay en mí, con melancolía
y un golpe de objetos que llaman sin ser respondidos
hay, y un movimiento sin tregua, y un nombre confuso.

Nocturno miedo (Xavier Villaurrutia)

Todo en la noche vive una duda secreta:
el silencio y el ruido, el tiempo y el lugar.
Inmóviles dormidos o despiertos sonámbulos
nada podemos contra la secreta ansiedad.

Y no basta cerrar los ojos en la sombra
ni hundirlos en el sueño para ya no mirar,
porque en la dura sombra y en la gruta del sueño
la misma luz nocturna nos vuelve a desvelar.

Entonces, con el paso de un dormido despierto,
sin rumbo y sin objeto nos echamos a andar.
La noche vierte sobre nosotros su misterio,
y algo nos dice que morir es despertar.

¿Y quién entre las sombras de una calle desierta,
en el muro, lívido espejo de soledad,
no se ha visto pasar o venir a su encuentro
y no ha sentido miedo, angustia, duda mortal?

El miedo de no ser sino un cuerpo vacío
que alguien, yo mismo o cualquier otro, puede ocupar
y la angustia de verse fuera de sí viviendo
y la duda de ser o no ser realidad.